

CONCEPCIONES SOBRE LA SEXUALIDAD Y SU EVOLUCION

por el prof. PAUL HONIGSHEIM
De la Universidad de Michigan

En todos los tiempos lo sexual ha desempeñado en la vida del hombre un papel de tal importancia y trascendencia, que todas las estructuras sociales —Estado, Iglesia, secta, partido— así como profetas, revolucionarios y filósofos, han debido definirse y manifestarse en forma de una ideología sexual y en el sentido de lo permitido o prohibido en general, o en particular a determinadas personas o grupos, sin olvidar el modo de castigo para las desviaciones.

Vivimos en una época de metamorfosis y claro que a esta crisis universal no podrían escapar las normas sexuales dictadas por la tradición. Será, pues, oportuno considerar con algún espacio las formas principales en que se ha manifestado esta ideología sexual.

Si no la más vieja, una de las más viejas, desde luego, es la más negativa: la que ve en lo sexual algo inferior, cuando no algo horrible. Encontramos este criterio vinculado a diversas actitudes fundamentales. Mencionaremos sólo cuatro. En primer lugar —en culturas que desconocen la escritura entre los indígenas de Asia y América— algunos tipos de hechicería. Se suponía que el trato sexual debilitaba, incluso eliminaba, la fuerza mágica que galvanizaba al hechicero.

En segundo lugar está la actitud que caracteriza al profeta, para el que la aceptación, sin reserva ni atenuante, de su profecía, es lo único esencial y que ve en todo lo demás algo anodino y en lo sexual una competencia peligrosa que conviene eliminar.

En tercer lugar no puede considerarse al mundo como algo desconsolador e irreformable y en él lo sexual precisamente no sólo debe presentarse como abominación en sí mismo, sino como una de las raíces y causas de todo el mal y todo el dolor del mundo.

Esta actitud de negación puede llegar incluso a buscar conscientemente la muerte por hambre y algunos hindúes y maniqueos han sido consecuentes con semejante actitud. La mayoría no lo fueron. Pues por extremados que sean nuestra austeridad y nuestro ascetismo, mientras permanezcamos en la tierra que nos sostiene, de un minimum de alimento, de techo, de vestido, no podemos prescindir. Añádase, en algunos grupos hinduistas, la creencia de que voluntad y actividad son causa del mal igualmente y las consecuencias se darán por sí mismas: el santo perfecto será el santo sin voluntad, sin actividad y sin sexo. En torno suyo y para atender de algún modo a sus necesidades, por mínimas que éstas sean, tiene que haber gentes a las que se considera menos santas. De ellas no se exige una vida de castidad.

Constituye el extremo opuesto de esta actitud la idea del carisma hereditario. Ha de buscarse su origen en la creencia de que la fuerza mágica del padre se transmite al hijo por el acto genésico. A través de múltiples fases intermedias, esta remotísima creencia repercute hasta nuestros días. Tanto la monarquía como la nobleza hereditarias son instituciones basadas en la supervivencia de esta mágica premisa fundamental. La casta hindú

representa aquí el límite extremo: por el simple hecho de nacer en ella se es alto o bajo, ritualmente puro o ritualmente impuro. La idea de la impureza del acto sexual puede insertarse aquí. Y así, por ejemplo, el sacerdote de la casta de los brahmanes, entre el acto sexual y los actos religiosos en que debe participar, está obligado a realizar abluciones rituales. Todo esto es clara indicación de que, cualquiera que sea el criterio imperante sobre lo sexual en determinado grupo de una cultura, ya se lo considere en el extremo de lo abominable o inversamente se lo considere como ineludible instrumento de la transmisión de una fuerza, como descarga transmisible de un colector de energía singularísima, o bien, como en la mayoría de los casos ha ocurrido en la historia del mundo, el criterio determinante se sitúe entre ambos extremos, el hecho es que la sociedad establece siempre diferenciaciones en lo que atañe a edad, rango y estado de los individuos sobre cuya actividad sexual haya de decidirse. Es decir, que hay y ha habido siempre leyes escritas o no escritas que regulan la esfera sexual, que ha habido siempre algo, como matrimonio y familia, derecho conyugal y familiar, así como una opinión general imperante que a su vez representa un formidable poder social. De todo esto y de sus formas vamos a ocuparnos.

PROMISCUIDAD, POLIANDRIA, LIBERTAD SEXUAL

Debe entenderse por matrimonio aquella unión de personas de distinto sexo realizada con un propósito de cierta duración, unión que comprende, con la concomitancia de otros posibles elementos, el de la actividad sexual. El término "familia" incluye también a los vástagos de esta unión. A los términos "matrimonio" y "familia" va vinculada también la idea de que se trata de instituciones a las que se considera, tanto por los que a ellas pertenecen como por la mayoría de los grupos en que se insertan, dotadas de ventajas especiales, privilegios de que no disfrutaban otros tipos de vínculo sexual dentro del mismo círculo humano. La tan repetida y manoseada teoría de la promiscuidad, es decir, la teoría de un trato sexual imperante desde los comienzos, sin reglas ni gradaciones, se evidencia como insostenible, por mucho que retrocedamos en el más remoto pretérito. Por lo menos ha habido siempre prohibiciones que restringen la libertad sexual. Mencionaremos sólo cinco de las más frecuentes: prohibición del trato sexual entre los considerados demasiados jóvenes; de nupcias con mujeres que no sean de la propia horda, es decir, ley endógama, vigente aun en el Imperio Incaico y en el antiguo Egipto; inversamente, de nupcias con mujeres del propio grupo; actos de onanismo y finalmente comercio homosexual. También el número de personas de ambos sexos que constituyen una familia está regulado por lo menos bajo el imperativo consuetudinario de la tradición. En la poliandria tenemos la unión de varios varones, hermanos a menudo, con una sola mujer. Se trata de una forma que existió con mucha mayor frecuencia de lo que se había creído. Pero al fin se extinguió históricamente. Mucha mayor trascendencia llegó a adquirir, desde el punto de vista histórico-universal, la forma contraria, la poligamia, el matrimonio de un solo varón con varias mujeres. Es la forma matrimonial de los nómadas pastores, que necesitan numerosos hijos: varones que defiendan los rebaños y zonas forrajeras contra grupos enemigos que pretendan dominar las escasas regiones de aguas y praderas; hijas que hagan las faenas y a las que se puede vender a otras hordas, trocándolas por animales de valor. Así llegó a ser la poligamia la forma matrimonial del Islam y lo ha sido hasta que el mahometismo, como todo, quedó enredado en la crisis universal y fue introducida la monogamia (en Turquía, por ejemplo). Fuera del mundo de los nómadas pastores, por lo general la poligamia no ha pasado de ser un fenómeno episódico, excepcional y sin consecuencias, como en el último intento de los mormones de introducirla en los Estados Unidos. Con la transición de la forma de secta, a la forma asimilativa de Iglesia, vigente en el resto del país, los mormones adoptaron la monogamia. Se mantendrá como la forma más frecuente de vínculo sexual, presumiblemente, en el futuro próximo, aunque antes y al margen del matrimonio se mantengan también fenómenos ligados a lo sexual, como amor libre, prostitución, adulterio, divorcio, etc. También la actitud ideológica frente a todos estos fenómenos experimentará fuertes modificaciones. Vamos, pues, a considerarlos brevemente.

EL MATRIMONIO EN LA EDAD MEDIA Y EN EL RENACIMIENTO

El matrimonio feudal era asunto de los intereses y el prestigio de las grandes familias. Al amor individual, de tipo romántico, no se le concedía mayor importancia. Donde existió, como entre los trovadores de la Francia meridional —generalmente como amor a la mujer de otro hombre— se incluye en los primeros periodos de la disolución del Medievo. El tipo de matrimonio de funcionarios en el Estado moderno que releva a la Iglesia medieval, está vinculado también, en gran medida, al prestigio social de las familias de ambos contrayentes. Se

evidencia aquí ya, sin embargo, un elemento nuevo. Desde el siglo xiv el moderno Estado de funcionarios —y con él los propios funcionarios, de formación académica— se inserta ampliamente en las formas de la economía dineraria. En comparación con las correspondientes categorías profesionales fuera de la jerarquía de los funcionarios del Estado, han de trabajar por bien magra remuneración, deben aportar sumas relativamente considerables para gastos de representación, han de aplazar sus bodas generalmente hasta haber cumplido los 30 años de edad y aun entonces no pueden casarse sin una ayuda en dinero, por lo que, antes de hacerlo, deben considerar la cuantía de la dote. El matrimonio de dote, de tipo occidental, inicia así su carrera histórica. Para salir al paso de un muy difundido error, digamos ya que no se trata de un producto del alto capitalismo. En los Estados Unidos suele ser más raro que en los países latinos de confesión católica. En la América del Norte se admira al hombre que por su esfuerzo y obstinación se abre trocha y triunfa económicamente; en los países latinos, en cambio, al que posee lo adquirido por sus antepasados o lo consigue por alianza matrimonial. Nadie hubiera censurado en Francia al mozo que deja a su amada, porque carece de dote, para casarse con otra que lleva al matrimonio una suma apreciable. Y a todos les hubiera parecido loable que el pretendiente, o su padre, no hubieran dado un paso sin estar bien informados en este aspecto. A menudo se debía esto a iniciativa del cura, que solía hacer de mediador y casamentero. Pero hay algo nuevo aquí que debemos considerar.

Si nos vamos a referir a Francia especialmente, es porque aquí el matrimonio de dote adquiere singulares y características formas. El señor Notario aparece en escena. Es la más distinguida personalidad de la aldea o de la villa y hasta fines del siglo xix le vemos ir y tornar enfundado en su negro levitón. Nadie sabe como él a cuánto asciende la dote. Por este flanco surgen formas de vida que se generalizan hasta tal punto que el teatro cómico ha encontrado en ellas siempre nuevos temas. Hasta dónde este aspecto de la vida llegó a ser de capital importancia, nos lo evidencian y demuestran la *Commedia dell'arte* en Italia y España, que sirve de fundamento a la ópera cómica italiana y francesa; las comedias de Regnard, Marivaux, del propio Molière; los papeles fingidos del papá grotesco, del bufo con voz de bajo profundo, sin que dejemos de mencionar al "Bestevadder", al padre muñidor y capitulero del Hännes'chentheater, el teatro de marionetas de Colonia. Por esta vereda se introduce en la realidad y en la escena el personaje de la casta novia, que, entornados los ojos en raptó de pudor, es presentada a su consorte, al que conoce apenas y con el que, a menudo, no ha hablado nunca. Solía vengarse. Pues una de las concomitancias del matrimonio de dotes es el adulterio.

Mas permítase aquí, a modo de inciso, una consideración sobre la ideología de la doble moral. Las religiones, las instituciones estatales y las leyes son obras de seres humanos. Por sí mismo se sigue de esto que no en último término hayan tenido en cuenta humanos intereses. Ha podido así ocurrir, que, tácita o conscientemente, en el varón se tolere y perdone la lesión de la moral oficial, mientras, en los mismos círculos, pareciera esto imperdonable en la mujer. El varón podía acudir a las prostitutas, tener una *liaison* con una muchacha del pueblo, que, si era tímido, el padre le buscaba, muchas veces, mientras era todavía un estudiante. El propio padre se encargaría después de encontrarle una "bien dotada" novia cuando llegase el momento de casar al *fils de famille* de acuerdo con su clase. También se daba el caso de la bien pagada *maitresse*, de la querida o amante. Claro que oficialmente no se la reconocía, incluso se abominaba de ella casi como de una buscona. Poco a poco fueron cambiando las cosas. Esto nos lleva a considerar las diversas ideologías sobre la situación social de la mujer soltera.

En determinados distritos y durante largos períodos de la historia de Grecia, no representa el papel decisivo entre las clases pudientes la esposa legítima, reclusa, con los hijos, en algún rincón del hogar, sino la *hetaira*, que debe entender de música, de filosofía y de política y sobre todo: que debe ser una mujer de espíritu. Un fenómeno parecido vuelve a producirse en la Edad Media cristiana. Pero el Renacimiento italiano descubre al individuo y convierte en finalidad de la vida el desarrollo de la "personalidad". Esto beneficia a la mujer. Lucrecia Borgia y Vittoria Colonna, por ejemplo, son representantes del nuevo tipo. Y así como se admira al hombre que como pirata, erudito de la Antigüedad, como banquero, como perjuero, como asesino, como conquistador, como genio del espíritu o como satírico viperino logra fama y poder, se admira igualmente a la mujer que con su sexo alcanza una posición semejante.

EL SEXO, LOS JESUITAS Y LOS DOMINICOS

Ciertamente, ha debido ceder mucho de lo creado por el Renacimiento. Ocurre esto de modo especial frente a los nuevos poderes: frente a las instituciones eclesiásticas protestantes, frente al centralismo del absolutismo del Estado, de nuevo fortalecido, y no en último término frente al Catolicismo reactivado en traza de Con-

trarreforma. Mas precisamente la Contrarreforma continúa y desarrolla una plétora de formas renacentistas. A ello contribuye en no escasa medida la influencia de la Compañía de Jesús, la nueva orden sacerdotal. Sus adversarios, especialmente los dominicos, declaran pecaminosas muchas de las nuevas formas de existencia y no están dispuestos a tolerarlas. Frente a ellos los jesuitas en modo alguno pretenden que sea permitido pecar, ni siquiera argumentan con la máxima, que erróneamente se les suele atribuir, de que "el fin justifica los medios", aunque, ciertamente, basados en el "probabilismo" de su sistema moral, declaren que muchos tipos de conducta, muchas formas de comportamiento que han llegado a hacerse habituales en las grandes urbes y en las cortes de las monarquías, son menos graves de lo que se supone, son pecado venial o sencillamente no son pecado. No, en último término, entra aquí en consideración lo sexual. Pues también aquí, como en tantas otras cosas, los jesuitas son los continuadores del Renacimiento. Al cabo las cortes de los príncipes luteranos, mucho menos lujosas y ostentosas, acabaron imitando los dechados italianos y franceses, de una distinción mayor incomparablemente. Y así salta a la escena europea la favorita del príncipe. Recordemos a Madame de Pompadour, a la Dubarry; recordemos "Intriga y Amor", de Schiller y las Memorias de Casanova, ese puntualísimo cronista de la vida en las pequeñas cortes al filo de la Revolución Francesa.

Ahora bien, existe esa ley sociológica tan certeramente intuida por el francés Gabriel Tarde, al describirnos el comportamiento de una clase social que ve la oportunidad de reemplazar a otra, más antigua, y que aun ocupa un lugar de mayor preeminencia. Por lo pronto, envidia a la clase imperante, la combate, la odia, pero también la imita. La imita para demostrarle que no es menos, para demostrárselo a los demás y no en último término para demostrárselo a sí misma. Cabalmente, lo que en nuestro caso ocurre. Con la revolución industrial y las guerras napoleónicas cobra auge la burguesía. Y claro que procura adoptar el tipo de vida del *ancien régime*. La favorita del príncipe es reemplazada por la *maitresse* del banquero o del financiero, pues en el París de Louis Philippe y Napoleón III, su prestigio no depende tanto de la solidez de su residencia, ni de la elegancia de su esposa, como del lujo de su *maitresse*. Recuérdense las descripciones de Balzac de la gran burguesía y de los feudales: sólo implicándose en las finanzas de la gran burguesía pueden éstos sostenerse. Ahora bien, contra el predominio de la *maitresse* se rebela la esposa legítima. Volvemos aquí al tema que a propósito del matrimonio de dote consideramos. La esposa legítima imita a su rival y se busca un amante. No ocurre esto, ciertamente, en los países latinos, entre la menuda clase media, entre dueños de tiendas y restaurantes. Aquí la mujer no tiene tiempo para aventuras: tiene que trabajar rudamente en la cocina o detrás del mostrador, como *Madame au comptoir*. En la clase media superior y en las clases altas en general, la mujer tiene tiempo. Y tiene una servidumbre probada, viejos criados de confianza. No se le pide que trabaje, pero todavía no se le permite salir de casa libremente y por su cuenta. Así, en el aburrimiento infinito de la ciudad provinciana, con el marido absorbido por sus ocupaciones fuera de casa, se echa a la busca de un amante. Posiblemente sean aun demasiado fuertes el miedo a ser descubierta y a la pérdida de prestigio, así como la influencia de la educación religiosa. Y la vigilancia es todavía estrecha. Mas aquí, con la ayuda de la lectura, podrá por lo menos transportarse a otras esferas y gozar mentalmente de los frutos prohibidos que la vida no pone a su alcance. Y así surge, especialmente en Francia, el país de la mujer casada lectora de novelas, la torrencial literatura del adulterio con sus grandes ediciones. Mencionemos tan sólo a Flaubert y su "Madame Bovary", el realismo moderado de los literatos de boulevard Belot, Droz, Gyp, Xavier de Montepin, Ohnet, etc., y en la escena las comedias de Labiche y, finalmente, las de Fiers y Gaillavet, Richepin, Porto-Riche, etc., representadas antes de la Primera Guerra Mundial en los teatros Antoine, Porte St. Martin, Réjane, Sarah Bernhard y otros y publicadas, al mismo tiempo, en "L'Illustration Théâtrale", suplemento de "L'Illustration". El 90% eran dramas de adulterio. Tenían por tema la vida de las clases superiores adineradas y su carácter era de naturaleza sexual-psicológica en primer término. En ellas aparece siempre un hombre entre dos mujeres o una mujer entre dos hombres.

DESVIACIONES BURGUESAS Y PROLETARIAS

Ahora bien, se alzaron protestas contra este mundo, directa o indirectamente, relacionado con la posición de predominio de la burguesía. Por lo pronto, de parte del proletariado de la Europa occidental. Temporalmente por lo menos. Pues apenas nacido perdió el contacto con toda cultura eclesiástica —con la excepción del catolicismo—, así como con el mundo burgués. Para el obrero joven, en algunos casos, la vivencia sexual podía substituir a una cena y durante mucho tiempo no se dio la menor importancia a la conducta prenupcial de una muchacha, ya que hacerlo hubiese parecido algo típicamente burgués. Y nadie preguntaba si el hijo había nacido en el matrimonio o al margen del matrimonio. Mas bajo la influencia de gremios y asociaciones, el socia-

lismo perdió muy pronto su carácter revolucionario y se aburguesó. Y la ley de Tarde evidenció su validez nuevamente. Pues también aquí se imitó a la clase superior, la burguesía en este caso. Al modo socialista hubo, pues, una aproximación al ideal burgués del matrimonio. Inversamente, el matrimonio burgués empezó a parecerse al proletario, pues en Alemania, por lo menos, en cierto grado, también en Francia, con la Guerra Mundial se empobreció la gente y muchos no pudieron ya costear la dote de la hija.

La segunda desviación del matrimonio burgués se observa en la Rusia soviética, que tras el triunfo de la revolución pudo considerarse como el país de la promiscuidad aceptada sin reservas. Se obtenía el divorcio como cosa de juego. Mas, una vez dueño del poder, el revolucionario hace siempre concesiones a la tradición y a la realidad. Todo lo que olía o romántico, anarquista y bohemio, fue eliminado. Y de facto el matrimonio soviético en nada se diferencia hoy del de la Europa occidental.

Ha de verse el tercer contragolpe en la plétora de concepciones naturalistas que inundó las grandes urbes. Se entremezclaban a menudo tendencias radicales, anarquistas y anarcosindicalistas, con los intereses de grupos que hacían vida desordenada y bohemia. Para esta gente se consideraba caducado cuanto tenía la menor relación con la cultura cristiana y burguesa, haciéndose ostentación de actitudes antiburguesas y anticristianas, a menudo bajo la forma del llamado "amor libre".

Procede la cuarta protesta —en realidad sólo en Alemania— del Movimiento Juvenil (Jugendbewegung). Se manifestó como en el más rudo contraste respecto del mundo de las grandes ciudades, liberal y burgués, incluso en la vida sexual. Aspiraba a una vida propia, pura y responsable, en contacto directo con la naturaleza, si bien en lo referente a la vida sexual no había unanimidad, entrecruzándose las más heterogéneas ideologías, desde la vuelta al ideal de castidad prenupcial hasta las ideas de un Blüher, que creyó haber encontrado en lo homocrótico una de las más poderosas fuerzas de cohesión del acacer universal.

Una de las evoluciones de más vasto influjo en la estructura de la ideología sexual de Occidente ha sido maniobrada por la psicología profunda, por el psicoanálisis especialmente. Abstracción hecha de si son falsas o verdaderas, las nuevas ideas sobre la sexualidad del niño, la represión de apetitos insatisfechos y el influjo de la subconsciencia, han representado un papel de extraordinaria importancia, sobre todo en la apreciación ética de las relaciones extramatrimoniales y las desviaciones de la norma general.

No en último término ha influido en las modificaciones de la estructura de la familia la industrialización como tal, que por lo pronto en Inglaterra, y en otros países después, dio lugar al fenómeno de la mujer obrera —esposas, hijas— en las minas y en las fábricas, al principio debido a los bajos salarios. Poco a poco les llegó el turno a las esposas e hijas de los empleados. Hasta en Francia y en España hacen su aparición la secretaria o la señorita de antesala. Tenemos ya a la mujer profesional, lo que ha traído nuevos cambios. Cada uno hace por su lado la comida del mediodía, se tienen intereses antagónicos y como ya no se depende económicamente de los padres, la autoridad paterna se ha debilitado. Ocurre esto sobre todo cuando, como en los Estados Unidos ocurre, a veces el hijo tiene su auto propio a la edad escolar. La típica familia americana se ha formado. Ha cambiado la relación entre los sexos, que se enfrentan como contrayentes de derechos más o menos equiparados. En las urbes gigantescas las gentes no se conocen unas a otras, la mujer profesional sigue en su ocupación aun como madre, y queda al criterio y decisión de la muchacha empleada o de la estudiante establecer trato sexual en el matrimonio o antes del matrimonio, sobre todo tras haberse perfeccionado las técnicas de restricción de los nacimientos.

Vemos hasta qué punto han cambiado criterio y valorización en la vida del sexo, el salto que significa la transformación experimentada desde las relaciones cuasianimales del hombre que aun desconocía la escritura, hasta el proceder, calculado y orientado —como en las demás esferas de la existencia— que en la vida sexual es hoy premisa ineludible.